
¿la paradoja del éxito? los determinantes del apoyo político al presidente Fujimori

kurt weyland

¿Cuánto impacto tienen las crisis políticas y económicas en el apoyo a un gobierno? Muchas teorías de la política y de la formulación de políticas sostienen que los problemas agudos reducen el respaldo político al gobierno, mientras que la solución a estas crisis lo acrecienta considerablemente. Sin embargo, las investigaciones empíricas de este importante tema —en especial los análisis del apoyo que los líderes políticos obtienen debido a la superación de la crisis— han empezado a aparecer solo recientemente. ¿Qué tan fuerte es este efecto y por cuánto tiempo permanece? ¿La superación exitosa de una crisis brinda al apoyo al gobierno simplemente un pasajero auge, o produce un respaldo duradero y estable? ¿La gente olvida rápidamente los logros del líder y reorienta su atención a nuevos asuntos aún no resueltos, o muestran una gratitud duradera hacia el *salvador*?

Estas preguntas son muy relevantes para las teorías acerca de las opciones políticas del público y respecto a las bases del liderazgo político. Si la gente rebaja rápidamente los logros del líder y cambia su atención hacia nuevos temas, ello sugiere que son optimizadores permanentes que siempre buscan más y más mejoras (cf. MacKuen, Erikson y Stimson 1992: 598). Por el contrario, si muestran un reconocimiento duradero a un líder exitoso y se mantienen relativamente satisfechos una vez que son resueltos problemas agudos, ello indica que se adhieren a una lógica de *contentamiento* (*satisficing*) (cf. Simon 1955). Para el liderazgo político las implicancias son las siguientes. Los ciudadanos optimizadores rápidamente darán por sentado los logros anteriores, plantearán siempre nuevas demandas y rehusarán conceder un descanso en el presente y en el futuro al que fuera exitoso líder en el pasado. En consecuencia, ni siquiera los dirigentes que lograron rescatar a su país de un grave peligro pueden dormirse en sus laureles, sino que deben estar permanentemente a prueba y tienen que demostrar constantemente sus cualidades de liderazgo. En contraste, el agradecimiento popular duradero por haber *salvado* el país dará al líder triunfante un nivel de lealtad (véase Hirschman 1970: cap. 7) que le brindará una considerable protección frente

a nuevas demandas. ¿Cuál de estos dos modelos de individuo (cf. Simon 1957) es más cercano a la realidad?

Este importante problema teórico es también de suma relevancia práctica, en especial para numerosos países en desarrollo y países ex-comunistas que sufrieron crisis severas durante los años ochenta e inicios de los noventa. En algunos casos, tales como Argentina, Perú, Ghana, Zambia y Polonia, líderes fuertes y con mucha determinación llevaron a cabo drásticas medidas correctivas que tuvieron éxito en la contención de graves problemas económicos y en restaurar la autoridad del Estado, socavada por la agitación social y —en algunos casos— por la violencia política. ¿Serán capaces estos líderes de mantener el apoyo y consolidar la estabilidad económica y política? ¿O sus logros se disiparán rápidamente bajo la presión de crecientes demandas de una ciudadanía que siempre espera nuevas mejoras?

La bibliografía sobre los efectos políticos de la crisis proporciona una amplia orientación teórica respecto a tales temas. Resultados muy diversos han sido explicados por los investigadores recurriendo como argumento a la crisis: la adopción y/o consolidación de una reforma drástica, la emergencia de ciertos tipos de régimen (por ejemplo, la *democracia delegada* de O'Donnell, 1994) y el apoyo político para el gobierno de turno. Para el tema que tratamos en este artículo esta última variable dependiente tiene la mayor significación.

Si la crisis socava o hace estallar el apoyo a quienes ocupan el gobierno, y tal como las investigaciones empíricas lo han documentado de manera convincente (en especial Remmer 1991), ¿en qué medida la solución de las crisis fortalece el apoyo a un gobierno exitoso? Existe una gama de argumentos teóricos que predicen un efecto sustancial. Hay modelos de la teoría de juegos que sugieren que las crisis profundas inducen a los grupos sociales a aceptar —inclusive de manera desproporcionada— los costos de la estabilización y (presumiblemente) a ofrecer apoyo político al gobierno que ejecute dicho programa (Alesina y Drazen 1991, Drazen y Grill 1993, Rodrik 1994: 79-82). De un modo parecido, luego de mostrar que las crisis económicas debilitan a los gobiernos en ejercicio, Haggard y Kaufman argumentan que un giro positivo en la economía robustece el apoyo al Ejecutivo que *salvó* el país.¹ Por último, la aplicación que hace Weyland (1996) de una teoría prospectiva —una teoría psicológica de toma de decisiones en condiciones de riesgo— sugiere que el éxito de un gobierno en superar crisis hiperinflacionarias profundas traslada a muchas personas del *campo de las pérdidas* al *campo de las ganancias*; de esta manera los induce a evitar riesgos y por lo tanto a respaldar al gobierno de turno, antes que a optar por una oposición que no ha sido sometida a ninguna prueba.

En una línea más general Keeler (1993: 436-42) sostiene que crisis severas de otra naturaleza crean un fuerte apoyo (un *mandato impactante*) a nuevos líderes que prometen resolver estas dificultades. De la misma manera Weber (1964: 847-48) observa que los «momentos de aflojamiento —ya sea psíquico, físico, económico, ético, religioso o político» constituyen las oportu-

¹ Haggard y Kaufman 1995: 45-74, 183-211. Así también Waterbury 1993: 35, 138, 157-158, 192, 265-266. Pero Haggard y Kaufman subrayan la interacción entre los problemas económicos y las estructuras institucionales, y así proponen un argumento modificado de la crisis que toma en cuenta el contexto.

nidades más propicias para la emergencia de un liderazgo carismático.² Al superar las crisis los líderes demuestran poseer una capacidad *sobrenatural*. El éxito en estas pruebas cruciales induce a la gente común a reconocer las cualidades extraordinarias de políticos carismáticos y a convertirse en su seguidora (ideas similares aparecen en Toynbee 1947: 533-4 y Burns 1978: 243-4). De esta manera, se dice que el apoyo político masivo surge de la solución exitosa de la crisis.

Sin embargo, algunos autores están en desacuerdo con estas teorías, en particular en lo referente a la rentabilidad política de la superación de la crisis económica. En un agudo análisis de las expectativas populares y la acción colectiva, Acuña y Smith (1994) sostienen por ejemplo que la terminación de la crisis económica lleva a mucha gente a rechazar nuevos sacrificios y a hacer nuevas y crecientes demandas. El gobierno, que necesita consolidar la estabilidad económica y que por lo tanto busca contener tales exigencias, pierde apoyo, y esto hace posible «la emergencia de una mayoría opositora» (Acuña y Smith 1994: 40). En una crítica más fundamental a los argumentos de la crisis, a los que moteja de funcionalistas y tautológicos, Corrales (1997-98) rechaza la pretensión de que el éxito en poner fin a la hiperinflación fortalezca el apoyo político al gobierno.³

En un sentido más general, la vasta bibliografía sobre la popularidad presidencial y la votación en el mundo desarrollado tiene derivaciones análogas. Confirmando los argumentos pioneros de Downs (1957: 40,49), Fiorina (1981: 169-74, 196-98) y Lewis-Beck (1988: 82-3, 115, 122, 129) muestran que los ciudadanos basan sus opciones de voto no solamente en evaluaciones retrospectivas de la actuación gubernamental (lo cual incluye el reconocimiento de sus anteriores logros), sino también en expectativas de beneficios futuros. De hecho, las más recientes contribuciones a esta bibliografía sostienen que la aprobación presidencial en los EE. UU. está determinada solamente por las evaluaciones prospectivas, mientras que las evaluaciones retrospectivas muestran ser no significativas (MacKuen, Erikson y Stimson 1992: 606-7). Así, el «[...] votante reaccionará reconociendo débilmente la prosperidad pasada, la cual se autonomiza de la promesa económica futura» (ibid.: 598). Llevado más allá del campo económico, este hallazgo sugiere que el éxito de un líder en superar una severa crisis no fortalece permanentemente su apoyo, debido a que los ciudadanos miran hacia el futuro y así colocan permanentemente al líder ante nuevos retos. En suma, los argumentos sobre la crisis no han permanecido sin ser cuestionados.

Las investigaciones empíricas sobre el tema que utilizan datos de América Latina han empezado a aparecer solo recientemente, inspiradas por este vívido debate teórico. Roberts y Wibbels (1999: 583-585) encuentran que en los años noventa el crecimiento económico (es decir, la recuperación tras la crisis de la deuda y las recesiones de los años ochenta) eleva el apoyo electoral para los gobernantes de turno en la región, pero que la reducción de la inflación no tiene el mismo efecto. Buendía (1966) y Villarreal (1999: 136-140, 149-150) muestran que la mejoría relativa de la economía mejicana —

² Nociones políticas de crisis se encuentran en Kohli (1990: 22-23), Grindle (1996: 8-12, 31-45) y Vierhaus (1978).

³ Rodrik (1996: 26-27) plantea problemas lógicos y metodológicos similares, pero presenta como una solución parcial su propio modelo de crisis (1996: 27-29).

comparada con el desempeño negativo durante los años ochenta— elevó las tasas de aprobación al presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-94). Los datos compilados por Almeida (1996: cap.8) indican claramente que el fin de la hiperinflación producida por el Plan Real en Brasil tuvo una importancia crucial para la victoria en primera vuelta de Fernando Henrique Cardoso en la elección presidencial de 1994. Susan Stokes (1996: 552-61) encuentra en forma análoga que la menor inflación fortaleció la aprobación general del presidente peruano Alberto Fujimori y el apoyo a sus políticas económicas que acabaron con la hiperinflación que dominó de 1988 a 1990.

Estos estudios ofrecen muchas observaciones profundas de gran interés, pero se limitan al impacto político de los factores económicos y prestan poca atención a las crisis políticas. Sin embargo, algunos países experimentan en verdad severos problemas políticos, por ejemplo como resultado de una guerra exterior o de una violencia interna masiva. ¿Es que en ellos el éxito en la solución de graves crisis políticas y económicas tiene un impacto comparable en el apoyo que recibe el gobierno? ¿Y por cuánto tiempo dicho éxito permite mantener tal apoyo?

El presente trabajo examina estas importantes cuestiones a través de un análisis en profundidad de un caso *ideal* para las teorías de la crisis (Eckstein 1975: 118-19); a saber, Perú bajo el gobierno de Alberto Fujimori. Al asumir el cargo en julio de 1990, el nuevo gobierno enfrentó tanto una profunda crisis económica, en especial la hiperinflación galopante, como una grave amenaza política: un asalto frontal de poderosos movimientos guerrilleros tales como Sendero Luminoso. Ambos retos fueron causa de una enorme preocupación en todo el país y trajeron consigo una amplia exigencia de restauración del orden político y económico. A través de enérgicas y dolorosas medidas correctivas, el gobierno de Fujimori finalmente los puso bajo control. Hacia 1993 los precios se habían estabilizado, empezaba la recuperación económica y la violencia guerrillera declinaba, así como la represión militar. Como resultado, desde fines de 1992 hasta mediados de 1996 la aprobación general al Presidente estuvo alrededor de 58-80% (Apoyo 1997: 6). Muchos observadores han atribuido la alta popularidad de Fujimori — que lo llevó a su contundente reelección en abril de 1995— a sus logros económicos y políticos; en especial su derrota de la hiperinflación y de Sendero Luminoso.⁴ Es decir, si en algún lugar debieran ser válidos los argumentos de la crisis, ciertamente sería en el caso peruano. Y si la lógica que les subyace fuese correcta, tanto los logros económicos de Fujimori como su éxito en el control de una fuerte amenaza guerrillera deberían haber contribuido a su popularidad y victoria reeleccionista.⁵ Sería sorprendente para los observadores del país si la política antisubversiva, que recibió una aprobación de 63-82% de los peruanos entre agosto de 1992 y diciembre de 1996

⁴ Véase Panfichi y Sanborn 1995: 55-59, 67; Pease García 1995: 82; Roberts 1995: 103; Balbi 1996: 187-204; Mauzeri 1996: cap.5; Rochabrún 1996: 21; Cameron y Mauzeri 1997: x, 2, 67, 143; S. Stokes 1997: 222; Graham y Kane 1998: 70-72.

⁵ Hay que agregar que en el Perú de hoy las lealtades políticas —en especial las partidarias— son muy débiles y no afectan significativamente la evaluación de la actuación presidencial (Apoyo 1991: 14). De esta manera el caso peruano brinda una excelente oportunidad para analizar la rentabilidad política de los logros del gobernante de turno sin los efectos distorsionantes derivados del partidarismo.

(Apoyo 1997: 19), no hubiera tenido un impacto significativo en la evaluación política ciudadana y en la opción electoral, más allá de un plazo muy breve.

Sin embargo, los análisis estadísticos que incluimos aquí llevan precisamente a este inesperado descubrimiento. Un examen de las encuestas de opinión sugiere que la evaluación ciudadana de la política antisubversiva del gobierno no influye de manera sensible en la popularidad presidencial. Inclusive un acontecimiento contrainsurgente tan dramático como fue la captura del dirigente guerrillero Abimael Guzmán elevó solo por breve tiempo el apoyo a Fujimori. Por el contrario, la aprobación a la política económica del gobierno tuvo un impacto importante y duradero en las tasas de aprobación presidencial. El análisis ecológico por departamentos de la elección de 1955 produjo similares resultados. Diversos indicadores del éxito del gobierno en la guerra subversiva no parecen funcionar como predictores del voto por Fujimori, mientras que el crecimiento económico otorga una considerable diferencia.

La última parte de este artículo trata de interpretar estos hallazgos atendiendo a la paradoja del éxito que parece afectar a problemas catastróficos, tales como la violencia a gran escala. Estas amenazas severas cobran mucho relieve cuando las políticas gubernamentales para enfrentarlas son ineficaces y la gente evalúa el desempeño presidencial como relativamente pobre. No obstante, una vez que el gobierno combate efectivamente tales peligros, y por consiguiente se elevan los puntajes de su desempeño, la importancia del tema disminuye y decae la intensidad del aprecio general hacia el éxito presidencial. Por el contrario, muchos problemas económicos —en especial el empleo y el crecimiento— son una preocupación permanente para amplios sectores, en particular en un país pobre como Perú. Por lo tanto, el éxito gubernamental en el campo económico puede proporcionar una base para un apoyo popular sostenido.

¿la paradoja del éxito?

El contexto

Durante los años ochenta el Perú experimentó un considerable deterioro económico. Tras un intento improvisado en el primer lustro de la década de hacer una reforma orientada hacia el mercado, y tras un efímero *boom* de 1985 a 1987, el país sufrió un colapso económico a partir de 1988. El PBI cayó 23,4% de febrero de 1988 a mayo de 1989, y el gasto del gobierno descendió del 30,6% del PBI en 1987 al 19,9% en 1989 (Lago, 1991: 285, 304-5). La inflación creció a un ritmo mensual de 20-50% luego de septiembre de 1988, alcanzando un sorprendente 63,4% en julio de 1990.

Los ochenta fueron también testigos del surgimiento de una fuerte amenaza guerrillera. Principalmente fue Sendero Luminoso, que apareció en la sierra sur en 1980 tras el restablecimiento de la democracia y se extendió con el correr de la década por amplias zonas del territorio nacional. En la medida en que este brutal movimiento guerrillero asesinaba a decenas de funcionarios del Estado, líderes comunales y simples campesinos, la policía y los militares respondían con medidas de contrainsurgencia igualmente brutales. Hacia el fin de la década el Perú parecía encaminarse hacia una guerra civil total.

Elegido como un completo *outsider* en esta caótica situación,⁶ Alberto Fujimori encaró frontalmente tanto la severa crisis económica como la amenaza guerrillera. Promulgó medidas de ajuste draconianas inmediatamente después de haber asumido el mando, y cuando esta amarga medicina no pudo eliminar la inflación, a inicios de 1991 y a mediados de 1992 su gobierno incrementó la dosis decretando profundas reformas neoliberales.⁷ Aunque estas dolorosas medidas impusieron inmensos costos de corto plazo a amplios sectores de la población, encontraron un sorprendente grado de apoyo (Weyland 1996: 196) porque impidieron una catástrofe inminente y —tras dos años de recesión— condujeron hacia la estabilización económica y la recuperación del crecimiento.

Fujimori enfrentó la amenaza guerrillera con igual determinación. No obstante, en lugar de desatar una guerra sucia utilizando la represión masiva, el gobierno se apoyó en calculadas medidas de contrainsurgencia. El éxito de Fujimori en combatir la insurrección dependió del uso sistemático de los servicios de inteligencia (Mauceri 1996: 142; véase también Tapia 1997: 55-77), lo que condujo a la captura de muchos líderes guerrilleros, principalmente Abimael Guzmán. El gobierno también modificó el sistema legal para asegurar que la captura de sospechosos condujera a un largo confinamiento en prisión. Con este fin aumentó los incentivos para los guerrilleros arrepentidos, quienes recibían sentencias leves a cambio de testificar contra sus camaradas. Más aún, el gobierno protegió de las represalias a testigos y jueces, introduciendo por ejemplo *jueces sin rostro* (Degregori 1994: 90-92, Rospigliosi 1996: 51-65). Mientras que todas estas medidas arrastraron consigo numerosas violaciones a los derechos humanos y llevaron a la cárcel a centenares de sospechosos inocentes, dieron como resultado una drástica reducción de las actividades guerrilleras. La aprobación a la política antisubversiva del gobierno, que en las encuestas de opinión pocas veces alcanzaba el 50% antes de la captura de Guzmán en septiembre de 1992, llegó a estar entre 63 y 82% desde fines de 1992 hasta fines de 1996, cuando la captura de la residencia del Embajador de Japón por el Movimiento Revolucionario Tupac Amaru provocó una caída de 30 puntos (Apoyo 1997: 19).

De esta manera, a pesar de los elevados costos, Fujimori tuvo un completo éxito al combatir los dos graves problemas que encaró luego de asumir el mando.⁸ Sus altos niveles de popularidad lo alentaron a cerrar el Congreso en abril de 1992 y a cambiar la Constitución para incrementar los poderes presidenciales y permitir su propia reelección. Si bien la presión internacional lo forzó a restaurar la democracia, utilizó las prerrogativas de su cargo para asegurar su continuidad en el poder. La recuperación económica que empezó en 1993 permitió al gobierno a elevar el gasto social y utilizarlo bajo

⁶ Degregori y Grompone 1991. Sobre la elección de Fujimori véase asimismo Cameron 1994: caps. 6-7; Carrión, 1995: 6-10, Dugan y Dietz 1995: 15-18, Durand 1996, Schmidt 1996.

⁷ Entrevistas con Hurtado Miller 1996, Boloña Behr 1996, De Soto 1996, Torres y Torres Lara 1996; hay una visión general en Boloña 1996: 212-248 y Presidencia 1991: 11-100.

⁸ Véase al respecto recuentos generales en Wise 1994, Gonzales de Olarte 1996, Tuesta Soldevilla 1996, Cameron y Mauceri 1997.

modalidades clientelistas, en especial entre grandes sectores de gente pobre. Como reconocimiento por haber revertido la situación del país, Fujimori obtuvo una arrolladora victoria con el 64% de los votos en la elección de abril de 1995, dejando perpleja a la oposición (entrevistas con Agurto 1996, Pease García 1996, Pennano 1996).⁹

Determinantes de la popularidad presidencial

¿Puede la popularidad de Fujimori, que alcanzó muy altos niveles entre mediados de 1992 y de 1996,¹⁰ ser explicada por sus éxitos ante la crisis económica y política? Y si tal fuera el caso, ¿fueron más importantes los logros económicos de su gobierno, o sus exitosas políticas antisubversivas? El siguiente análisis está basado sobre datos de encuestas proporcionadas por Apoyo, una reconocida empresa encuestadora.¹¹ Las encuestas (N=500) fueron realizadas mensualmente en la capital, donde reside alrededor de un tercio de la población peruana. Si bien estas muestras son pequeñas, y no son representativas del país en su conjunto, abarcan un amplio rango de estratos socioeconómicos, en particular porque mucha gente pobre ha migrado a Lima huyendo de la pobreza rural.¹² Lima fue también el blanco de muchos ataques guerrilleros, estando en el sexto lugar entre los veinticuatro departamentos en el número de *acciones subversivas* per capita en 1992 y 1994 (datos tomados de *Policía Nacional del Perú*, citados en Cuánto 1996: 446).

En mi trabajo la aprobación presidencial (es decir, el porcentaje que apoya el desempeño de Fujimori hasta septiembre de 1997)¹³ constituye la variable dependiente (Apoyo 1997: 6). Siguiendo un reciente y reconocido análisis del caso estadounidense (MacKuen, Erikson y Stimson 1992), utilizo las respuestas agregadas. De esta manera, el análisis se concentra en la evaluación colectiva de la popularidad presidencial del público limeño en su conjunto, y no en la evaluación individual. Como sostienen estos autores (ibíd.: 599), «[...] una fuerte ventaja del análisis de nivel macro es que las fuentes de variaciones idiosincráticas de [...] los juicios se cancelan mutuamente».

Las variables independientes son aprobación de la política económica del gobierno y apoyo a la política antisubversiva hasta septiembre de 1997

⁹ El triunfo de Fujimori estuvo aquejado por numerosas irregularidades de procedimiento (Palmer 1995), las cuales sin embargo no fueron decisivas para los resultados.

¹⁰ Con anterioridad a la elección de 1995 los especialistas discutían si el alto nivel de aprobación a Fujimori en las encuestas de opinión podría deberse a que muchos encuestados —presumiblemente críticos del Presidente— rehusaban responder (Rospigliosi 1994: 58-59, McClintock 1994: 65). Sin embargo, su victoria con el 64% de los votos demostró la fortaleza de este apoyo.

¹¹ Estoy muy agradecido a Guillermo Loli, de Apoyo S. A., por el acceso que me permitió a estos datos.

¹² Los procedimientos muestrales están explicados en Apoyo (1996b: 48).

¹³ El texto de la pregunta es «En general, ¿diría usted que aprueba o desaprueba la gestión de: el presidente Alberto Fujimori?» (Apoyo 1996b: 8).

(Apoyo 1997: 18-19).¹⁴ Puesto que Apoyo ha obtenido datos mensuales sistemáticos sobre estos dos temas solamente desde enero de 1992 en adelante,¹⁵ el análisis que ahora presentamos no puede cubrir el turbulento inicio del gobierno de Fujimori. Este vacío, que refleja cuán novedosas son las encuestas en el Perú, constituye una innegable limitación. Sin embargo, es probable que no sesgue considerablemente mis hallazgos, pues si bien hacia enero de 1992 la hiperinflación había quedado bajo control, el país todavía sufría profundos problemas económicos, y en verdad el reto de la guerrilla se había intensificado desde que comenzó el gobierno de Fujimori.¹⁶ Por lo tanto, a inicios de 1992 los dos temas por investigar —en especial el terrorismo— tenían el alto grado de importancia que hace al gobierno de Fujimori un caso ideal para los argumentos de la crisis. Además, si bien la popularidad de Fujimori y la aprobación de sus medidas antisubversivas alcanzaron altos niveles desde fines de 1992 hasta mediados de 1996, durante este periodo hubo frecuentes fluctuaciones dentro de un rango de veinte puntos porcentuales, y alzas y caídas más drásticas en 1992 y 1996-7. Estas variaciones sustanciales permiten hacer un análisis estadístico significativo.

Como factor de control estoy considerando el *autogolpe* de abril de 1992, el cual encontró un fuerte apoyo general. Esta aprobación masiva reflejaba la extendida aversión a los políticos *tradicionales*, a los que muchos ciudadanos responsabilizaban por la profunda crisis económica y política del país (Conaghan, 1995: 236). Fujimori justificó su decisión de cerrar el Congreso apelando a la necesidad de un liderazgo efectivo y sin estorbos, a la renovación de la *elite* política y administrativa y a la moralización de la vida política. La aprobación al autogolpe surgía así en buena medida de asuntos no ligados a las dos variables independientes. Por ello incluí una variable categórica (*dummy*) para controlar las repercusiones inmediatas de este acto, a saber de abril a junio de 1992 (hay un análisis similar en S. Stokes 1996: 554).

Para investigar la evolución de la aprobación presidencial utilizo el modelo estadístico estándar (MacKuen, Erikson y Stimson 1992: 601). Al retrasar la variable dependiente este modelo de regresión toma en cuenta los efectos finales de valores previos de las variables independientes (transformación Koyck). En esta forma los estimados de los parámetros para las variables independientes miden solamente el impacto de estas variables en cada punto del tiempo, mientras que los efectos permanentes de estas variables en perio-

¹⁴ La pregunta dice: «En general, ¿diría usted que aprueba o desaprueba la gestión de: la política económica?» ; y «En general, ¿diría usted que aprueba o desaprueba la gestión de la política antisubversiva?» (Apoyo 1997: 18-19). Lo más probable es que la aprobación a la política económica junte el manejo gubernamental de varios problemas tales como la inflación, el desempleo, el estancamiento y la pobreza. Lamentablemente no se dispone de series temporales sistemáticas para discriminar entre estos diferentes aspectos. Las percepciones de la gente respecto a los problemas nacionales más importantes permiten hacer inferencias indirectas, pero solo ocasionalmente las empresas encuestadoras hacen esta pregunta (véase más adelante, en especial la nota 31). Por lo tanto no es factible un análisis estadístico de la rentabilidad política que el gobierno ganaría con la derrota de la inflación.

¹⁵ Imasen, otra reconocida empresa encuestadora, no dispone en modo alguno de tales series.

¹⁶ El número de acciones subversivas se incrementó de 2 779 en 1990 a 2 785 en 1991 y 2 995 en 1992 y a partir de aquí cayó a 1 918 en 1993 y 1 195 en 1994 (Cuánto 1995: 688).

dos subsecuentes son captados a través de la variable dependiente retrasada. Puesto que tales modelos de series temporales pueden tener problemas de autocorrelación, el Cuadro 1 indica la probabilidad de que no haya una autocorrelación significativa de los errores. Los bajos valores del estadístico Q de Box-Ljung sugiere que tal problema no existe en todas estas ecuaciones de regresión.

Cuadro 1: Determinantes de la aprobación presidencial

Variable	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4
Constante	6,328 (5,213)	8,471 (4,116)	7,564 (4,892)	7,278 (4,832)
Aprobación al presidente (retrasada)	,790*** (,073)	,629*** (,084)	,628*** (,085)	,609*** (,086)
Autogolpe (Abril - junio 1992)	12,199** (3,874)	7,797* (3,232)	8,484* (3,806)	8,830* (3,702)
Aprobación a política antiguerrillera	,089 (,062)	,021 (,062)	,028 (,061)	
Aprobación a política económica	,318** (,089)	,307** (,096)	,325** (,096)	
Setiembre 1992	13,742**	(5,269)		
Octubre 1992	2,709	(5,573)		
Mayo 1997	-,947	(5,368)		
R ² ajustada	,70	,74	,74	,76
N	69	69	69	69
F	55,053***	67,179***	49,734***	31,210***
Q, Box-Ljung	,825	2,402	,869	1,354

Nota: Los valores son coeficientes de regresión no estandarizados. Los errores estándar van entre paréntesis. *p ,05; **p ,01; ***p ,001.

Los hallazgos son sorprendentes. El apoyo general a la política antisubversiva no incrementa de modo significativo la popularidad presidencial, ni por sí misma (modelo uno) ni cuando se toma en cuenta la aprobación a la política económica (modelo tres). Este resultado no se debe a la multicolinealidad entre la aprobación a las medidas antisubversivas y la apro-

bación presidencial retrasada, las cuales se mantuvieron a altos niveles entre fines de 1992 y de 1996.¹⁷ En contraste, la aprobación ciudadana a la política económica tiene un impacto consistente, altamente significativo y muy fuerte, en la popularidad presidencial. Como lo revelan los resultados de los modelos dos y tres, un incremento de 1% en la aprobación a la política económica gubernamental eleva el apoyo por Fujimori en alrededor de 0,3%. Así, las evaluaciones de la política económica afectan claramente la popularidad presidencial, pero las de la política contrainsurgente no parecen tener un impacto significativo. Esto sugiere que Fujimori recibió una rentabilidad política mucho menor por haber derrotado una grave amenaza política que por haber aliviado una severa crisis económica.

El éxito espectacular contra los movimientos guerrilleros —tal como fue la captura del líder de Sendero Luminoso Abimael Guzmán en septiembre de 1992— aumenta sin embargo la aprobación presidencial en el corto plazo.¹⁸ El modelo cuatro agrega a la ecuación del modelo tres una variable categórica codificada 1 para septiembre 1992 (0 en otros casos) y para el siguiente mes,¹⁹ así como otra para mayo 1997 —cuando se dieron los primeros datos tras la tormenta provocada por la captura que hizo el MRTA de la residencia del Embajador japonés. A la vez que deja virtualmente inalterados los coeficientes estimados y los niveles de significancia de las otras variables, la variable categórica de septiembre 1992 tiene un fuerte efecto, altamente significativo, que eleva la aprobación presidencial en un amplio diferencial de 13,7 puntos porcentuales (cuadro uno). Sin embargo, es interesante que ambas variables categóricas —para octubre 1992 y para mayo 1997— no se muestren significativas; incluso la última tiene un estimado negativo del parámetro. Este hallazgo sugiere que el incremento del apoyo resultante de un éxito dramático contra los insurgentes se disipa muy rápidamente.²⁰ De esta manera, un logro extraordinario en el combate al terrorismo da a la popularidad de Fujimori un breve auge, pero este efecto parece ser fugaz.

¿Podría este hallazgo inesperado ser una mera construcción de los datos? Las muestras son muy pequeñas y están limitadas a Lima. En el mismo sentido, a menudo las respuestas a los sondeos de opinión son hechas sin mucha reflexión previa (Zaller y Feldman 1992). Puesto que los encuestados pueden pensar que los resultados de los sondeos tienen pocas consecuencias

¹⁷ La correlación entre estas variables es baja (.23), pero lo más elocuente de todo es el alto valor de tolerancia de la aprobación de la estrategia antiinsurgente (.743 en el modelo uno, .657 en el modelo tres, y .645 en el modelo cuatro), lo que indica que los estimados de los parámetros de esta variable no son afectados por la multicolinealidad.

¹⁸ Por el contrario, es improbable que ataques guerrilleros espectaculares, tales como el coche bomba hecho estallar por Sendero Luminoso en Lima en la calle Tarata (julio 1992), o la toma de la residencia del Embajador de Japón por el MRTA, tengan como efecto cerrar filas. Como observa Mueller (1970: 21), los sucesos domésticos pocas veces tienen este efecto porque «es igualmente probable que exacerben divisiones internas como que las mitigen». En esta línea, la toma de rehenes por el MRTA redujo drásticamente la aprobación general a la estrategia antisubversiva del 74% en diciembre de 1996 al 45% al mes siguiente (Apoyo 1997: 19).

¹⁹ S. Stokes (1996: 554-56) aplica una serie similar de variables categóricas para estimar la extensión del impacto que el autogolpe de Fujimori tuvo en la aprobación presidencial.

²⁰ Sobre la alta volatilidad de este efecto después de la crisis de los rehenes véase «Vertiginosa Caída de la Imagen de Fujimori», *Clarín* (Buenos Aires), 23 de junio de 1997: 27, Rojás 1997a: 9; Datum Internacional 1999.

tangibles, podrían tratar de complacer al entrevistador o dar rienda suelta a pasiones que al tomar una decisión política importante —por ejemplo, al momento de decidir su voto— mantendrían bajo control. En concreto, después de que el gobierno de Fujimori asestó a los movimientos guerrilleros algunos golpes devastadores a fines de 1992 y 1993, los encuestados pueden haber estado reticentes a criticar la política contrainsurgente para no aparecer como simpatizantes del *terrorismo*.²¹ Considerando estos posibles problemas de los datos de las encuestas es conveniente examinar si los datos electorales agregados corroboran el hallazgo que acabamos de exponer.

Determinantes de la victoria reeleccionista de Fujimori

¿En qué medida el éxito de Fujimori en contener la grave crisis política y económica puede explicar su abrumadora victoria en la reelección de abril de 1995? En concreto: ¿contribuyó más a este alud su triunfo sobre poderosas fuerzas guerrilleras, o sus políticas económicas exitosas? Los datos departamentales permiten un análisis sistemático de estas importantes cuestiones. La variable dependiente es el voto por Fujimori en 1995 (Balbi 1996: 209). Esta investigación emplea como factor de control el voto que el movimiento de Fujimori —Nueva Mayoría/Cambio 90— obtuvo para la elección de la Asamblea Constituyente de noviembre 1992 (Cuánto 1994: 925-27), el cual fue ampliamente visto como un referéndum sobre la actuación presidencial.

El primer conjunto de variables independientes se compone de diferentes mediciones, por departamento, del éxito del gobierno frente a la amenaza guerrillera. Estas son:

1. La disminución absoluta de *acciones subversivas* en cada departamento, de 1992 a 1994. (Computadas a partir de información proporcionada por la Policía Nacional del Perú y publicada en Cuánto 1995: 446).
2. La disminución absoluta de *acciones subversivas* de 1992 a 1994, dividida entre la población de cada departamento.
3. La disminución relativa de *acciones subversivas* de 1992 a 1994 como porcentaje de las cifras de 1992.

Estas mediciones apprehenden las diferentes formas en las que la gente puede evaluar el éxito del gobierno en combatir la insurrección (es decir, en términos absolutos, *per capita* y relativos). La disminución de la actividad guerrillera desde su punto máximo en 1992 hasta el año anterior a la elección proporciona el mejor indicador de este éxito.

Como muestra el Cuadro 2, los tres indicadores de la disminución de la actividad guerrillera tienen una capacidad de predicción no significativa del voto por Fujimori. En verdad, los estimados de los parámetros respecto a la declinación absoluta y relativa de la actividad guerrillera tienen signo negativo, lo que sugiere que una reducción de la violencia insurreccional puede haber reducido el apoyo electoral a Fujimori (véase la interpretación más adelante).

²¹ En Conaghan (1995: 239) hay una sustentación similar referida a las altas tasas de popularidad de Fujimori que apela a la tesis de la *espiral de silencio* de Noelle-Neumann. La expresión algo fuerte que se usa en la pregunta (*política antisubversiva*) puede haber exacerbado este sesgo.

Cuadro 2: Determinantes del voto por Fujimori en 1995, I

Variable	Modelo 5	Modelo 6	Modelo 7
Constante	49,17*** (6,65)	49,77*** (6,58)	51,22*** (7,03)
Voto para Cambio 90 en 1992	,34* (,14)	,31* (,13)	,31* (,13)
Disminución absoluta de «subversión», 1992 a 1994	-,01 (,01)		
Disminución absoluta de «subversión» per capita, 1992 a 1994	,09 (,14)		
Disminución relativa de «subversión», 1992 a 1994, como porcentaje del nivel de 1992	-1,91 (2,97)		
R ² ajustada	,16	,16	,16
N	24	24	24
F	3,13	3,22	3,23

Nota: Los valores son coeficientes de regresión no estandarizados. Los errores estándar van entre paréntesis.

*p ,05; **p ,01; ***p ,001.

El siguiente conjunto de modelos estadísticos incluye como variable independiente adicional la tasa compuesta de crecimiento económico por departamento para 1993 y 1994.²² Esta variable capta una parte importante del éxito económico presidencial, a saber su capacidad para revertir la profunda recesión de fines de los años ochenta e inicios de los noventa. Sin embargo no considera otros logros económicos de Fujimori, en particular la derrota de la hiperinflación y el mantenimiento de la estabilidad de precios. Lamentablemente no se dispone de indicadores de inflación por departamentos.

Como lo muestra el Cuadro 3, una vez más se pone de manifiesto que los indicadores de la disminución de la actividad guerrillera son predictores no significativos del voto por Fujimori. Por el contrario, el crecimiento económico vuelve a tener un impacto significativo en la reelección presidencial.

²² La información proviene de CUÁNTO, un instituto de estadísticas altamente reconocido (tomado de Roberts y Arce 1998: 235).

Este efecto es consistente en los tres modelos: un crecimiento económico departamental de 1% se corresponde con un incremento en el voto por Fujimori en 1/8 de 1%.

Cuadro 3: Determinantes del voto por Fujimori en 1995, II²³

Variable	Modelo 8	Modelo 9	Modelo 10
Constante	40,43*** (6,87)	39,72*** (7,21)	43,03*** (7,08)
Voto por Cambio 90 en 1992	,45** (,13)	,46** (,14)	,41** (,13)
Crecimiento económico	,12* (,05)	,13* (,05)	,11* (,05)
Disminución absoluta de «subversión», 1992 a 1994	-,01 (,01)		
Disminución de absoluta «subversion» per capita, 1992 a 1994	-,10 (,15)		
Disminución relativa de «subversion», 1992 a 1994, como porcentaje del nivel de 1992	-2,27 (2,66)		
R ² ajustada	,33	,32	,33
N	24	24	24
F	4,75*	4,65*	4,80*

Nota: Los valores son coeficientes de regresión no estandarizados, Los errores estándar van entre paréntesis.

*p ,05; **p ,01; ***p ,001.

²³ Estos resultados permanecen prácticamente sin modificación si el nivel de pobreza de las provincias —medido según el índice gubernamental de pobreza extrema (Foncodes 1995: 28)— es considerado como un factor adicional de control. La variable no es significativa como predictor del voto por Fujimori si se incluye en los modelos los gastos para combatir la pobreza realizados por Foncodes (Fondo Nacional de Compensación y Desarrollo Social) durante el periodo preelectoral (enero 1994-abril 1995, según información de Roberts y Arce 1998: 235). Pero el crecimiento económico continúa siendo significativo al nivel de ,10, al margen de si se incluye o no la pobreza (p=,06 o ,07 en las diferentes ecuaciones). Así, el crecimiento económico contribuye mucho más a la reelección que los gastos de Foncodes.

Los modelos once al trece toman en cuenta un nuevo factor de control. Puesto que el apoyo ciudadano al Fujimori puede depender no solo de la declinación de la actividad guerrillera sino también de la amenaza aún vigente a la seguridad, estos modelos incluyen una medición de acciones subversivas para 1994. Con este fin he utilizado la cifra *per capita* (acciones subversivas por cada cien mil habitantes) en vez del número absoluto. La razón más importante es que de 1992 a 1994 la cifra absoluta tiene una correlación extremadamente fuerte con la disminución en el número de acciones subversivas ($r = ,928$, $p = ,000$). Por lo tanto, para evitar el problema de la multicolinealidad no puede incluirse la cifra absoluta en el modelo once. En aras de la consistencia, los modelos once al trece usan la cifra *per capita*.²⁴

Cuadro 4: Determinantes del voto por Fujimori en 1995, III

Variable	Modelo 11	Modelo 12	Modelo 13
Constante	41,22*** (6,40)	40,48*** (6,74)	42,59*** (6,76)
Voto por Cambio 90 en 1992	,39** (,12)	,40** (,13)	,37** (,12)
Crecimiento económico	,11* (,04)	,13* (,05)	,11* (,04)
Disminución absoluta 1992 a 1994	-,01 (,01)		
Disminución absoluta <i>per capita</i> , 1992 a 1994	-,11 (,14)		
Disminución relativa 1992 a 1994, como % de 1992	-,56 (2,72)		
«Acciones subversivas» <i>per capita</i> en 1994	,46# (,23)	,45# (,23)	,43 (,25)
R ² ajustada	,42	,41	,39
N	24	24	24
F	5,17***	4,98***	4,69***

Nota: Los valores son coeficientes de regresión no estandarizados. Los errores estandar van entre paréntesis.
pp ,07; *p ,05; **p ,01; ***p ,001.

²⁴ Si en el modelo doce se emplea la cifra absoluta —el estimado del parámetro es ,0003, $p = ,9817$ — la disminución relativa en acciones subversivas continúa sin tener significancia estadística.

Una vez más el crecimiento económico demuestra ser un predictor altamente significativo del voto por Fujimori. Por el contrario, los indicadores de la declinación de la actividad guerrillera no llegan a tener significancia estadística en ninguna de las tres ecuaciones. De hecho todos los estimados de los parámetros tienen signo negativo, análogamente al modelo cinco y a los modelos siete a diez. Es también sorprendente que la cifra *per capita* de actividad guerrillera en 1994 tenga consistentemente un estimado positivo del parámetro. Tiene significancia estadística al ,10 en los modelos 11 y 12, y lo pierde solo por muy poco en el modelo trece. Estos hallazgos sugieren que —si se controlan las otras variables— mientras mayor era en un departamento el nivel de actividad guerrillera en 1994, más alta fue la votación para Fujimori en abril de 1995.²⁵

Estas ecuaciones parecen confirmar que el éxito del gobierno frente a la amenaza guerrillera no incrementó significativamente el voto por Fujimori en la elección presidencial de 1995. Por el contrario, el crecimiento económico resulta ser un predictor significativo del éxito electoral presidencial. Además, en forma inesperada la severidad de la amenaza guerrillera en 1994 eleva el apoyo a Fujimori, quien por entonces había demostrado su efectividad en el enfrentamiento a los movimientos insurreccionales en el país.²⁶

Los modelos catorce y quince en el Cuadro 5 corroboran este resultado: la actividad guerrillera *per capita* es significativa como predictor del voto por Fujimori (a nivel de ,10), incluso tomando en cuenta el crecimiento económico. El modelo catorce muestra que cuando la violencia insurreccional crece en un departamento a razón de una acción subversiva por cada cien mil habitantes, el voto presidencial aumenta en alrededor de 0,5%. Esta variable —cuyo rango de valores va desde cero en Madre de Dios y Moquegua hasta 17,31 en San Martín— tiene así un efecto claramente sustancial.²⁷ Sin embargo, su impacto pierde significancia estadística cuando se toma en cuenta la pobreza (modelo dieciséis). Medida a través del índice gubernamental de pobreza extrema, esta variable va desde 1,00 en el departamento de mejor rango, a 3,39 en la región más pobre (Foncodes 1995: 28). Si este factor adicional es controlado, el nivel de actividad guerrillera deja de tener un impacto significativo en el voto por Fujimori.

²⁵ Este hallazgo sugiere que los estimados negativos de los parámetros de la declinación en la actividad guerrillera no se deben a la presencia de simpatizantes de esta ni de críticos a Fujimori en los departamentos que sufrían regularmente una actividad subversiva elevada. Si ese argumento fuese correcto, los simpatizantes de la guerrilla debieran ser particularmente numerosos en departamentos que continuaban sufriendo una actividad guerrillera elevada y se debería tener un estimado negativo del parámetro para el nivel de subversión restante.

²⁶ En lo que respecta a explicaciones alternativas, la victoria reeleccionista de Fujimori no se debió ciertamente a la lealtad hacia sus agrupaciones políticas, puesto que el Presidente rechazó convertir su movimiento Cambio 90/Nueva Mayoría en una efectiva maquinaria partidaria de gobierno. Es difícil estimar el papel de los errores de la oposición en estos resultados.

²⁷ Cusco, Loreto, Tacna y Tumbes fueron departamentos con una actividad guerrillera especialmente baja en 1994 (todos ellos tuvieron menos de una acción subversiva por cada cien mil habitantes), mientras que Huancavelica, Junín y Pasco sufrieron una actividad insurreccional particularmente extendida en ese año (más de diez acciones subversivas por cien mil habitantes).

Cuadro 5: Determinantes del voto por Fujimori en 1995, IV

Variable	Modelo 14	Modelo 15	Modelo 16
Constante	50,24*** (6,15)	42,19*** (6,33)	37,53*** (7,01)
Voto por <i>Cambio 90</i> en 1992	,27* (,13)	,37** (,12)	,36** (,12)
Crecimiento económico	,11* (,04)	,09* (,04)	
Pobreza «acciones subversivas» per capita in 1994	2,48 ,48 ^a (,25)	(1,76) ,45 ^a (,23)	,37 (,23)
R ² Ajustada	,27	,42	,45
N	24	24	24
F	5,23**	6,56***	5,66***

Nota: Los valores son coeficientes de regresión no estandarizados. Los errores estándar van entre paréntesis.

^ap ,08; *p ,05; **p ,01; ***p ,0011.

Estos hallazgos corroboran los principales resultados del análisis de los datos de las encuestas. Ambos análisis sugieren que el éxito económico del gobierno —medido a través de indicadores tanto subjetivos como objetivos— tiene un significativo efecto en el apoyo a Fujimori. La aprobación a la política económica del gobierno así como a un importante resultado de esta, cual es el crecimiento por departamentos, incrementa claramente el respaldo presidencial. Por el contrario, la exitosa campaña antiguerrillera no parece tener un impacto significativo. De hecho, en los análisis del voto la mayor parte de los indicadores de la disminución de la actividad insurreccional arrojan estimados negativos de los parámetros, lo que sugiere que una menor amenaza guerrillera hace descender el respaldo presidencial. Es igualmente sorprendente encontrar que en algunas ecuaciones el mayor nivel de actividad guerrillera eleva el voto por Fujimori. Si bien los datos disponibles adolecen de limitaciones, tales como el no contar con sondeos de opinión para 1990 y 1991, los hallazgos consistentes de las series temporales y los análisis ecológicos proporcionan alguna base para confiar en la validez de mis conclusiones.

La interpretación

¿Cómo podemos explicar estos interesantes resultados? ¿Por qué —al menos a partir de enero de 1992— la exitosa campaña antsubversiva de Fujimori no parece prolongar en el tiempo su popularidad y el apoyo electoral

recibido?²⁸ ¿Por qué una mayor amenaza guerrillera tiende a incrementar el voto presidencial? Uno podría argumentar que los resultados del análisis ecológico —en especial los estimados negativos de los parámetros de disminución de las acciones subversivas— se deben a los efectos perjudiciales colaterales de la política contrainsurgente, la cual produjo numerosas violaciones de los derechos humanos y otras perturbaciones causadas por la represión militar. El alto precio de la política antisubversiva puede haber costado a Fujimori tanto apoyo como el que podría haber generado la disminución de la violencia guerrillera. Sin embargo, la fuerte aprobación a dicha política desde fines de 1992 hasta fines de 1996 (Apoyo 1997: 19) arroja dudas sobre este razonamiento. La mayor parte de los peruanos parece considerar la campaña del gobierno como un claro éxito en términos generales, pese a sus costos. En efecto, a la vez que tenía una adhesión general a los derechos humanos y a los principios democráticos, la población respaldaba el que fueran restringidos en función de la lucha contra la violencia guerrillera (Carrión 1994: 11, 12, 15). El masivo apoyo popular al autogolpe de Fujimori sugiere también que muchos peruanos preferían el orden y la estabilidad antes que el imperio de la ley y los procedimientos democráticos, los cuales sufrieron el impacto de la lucha antiguerrillera. En general los derechos humanos parecen haber estado «[...] en el último escalón en la escala de preocupaciones[...]» de la mayor parte de la gente (Conaghan 1996: 21).

La explicación más plausible de estos resultados apunta a los cambios en la preeminencia que muestran los problemas, cambios que a su vez derivan de los logros políticos previos de Fujimori y que al mismo tiempo afectan la evaluación ciudadana del desempeño presidencial del momento y el apoyo electoral que pueda recibir. Tal como recientemente lo han destacado Jones (1994: 126-30), Edwards, Mitchell y Welch (1995: 121) y Zaller (1992: 80), la importancia de un tema —y no solamente el juicio sobre el desempeño presidencial en ciertos asuntos— determina la evaluación política y la dirección del voto. En concreto, la popularidad presidencial es el resultado de la evaluación ciudadana de los logros de Fujimori en varios campos problemáticos, ponderados según la importancia que los mismos tengan en ese momento. Y esta última está sujeta a considerables fluctuaciones a lo largo del tiempo (Edwards, Mitchell y Welch 1995: 114-119). Por ejemplo, un problema pierde actualidad una vez que su solución ha sido ampliamente reconocida (Kingdon 1984: 108.9). De esta manera, si un presidente resuelve un problema apremiante, la prominencia de este disminuye y es probable que la aprobación general de la actuación presidencial en este campo tenga un impacto aún menor en su popularidad general.

A partir de estas observaciones generales sostengo que los logros gubernamentales en asuntos *catastróficos*, tales como una extendida violencia insurreccional, parecen ser afectados por una paradoja del éxito. Enfrentado a una amenaza de ese tipo, las tareas cruciales del gobierno son proteger a la ciudadanía del peligro, eliminar la fuente de donde este proviene y restaurar la normalidad. Un asunto de este tipo tiene la más alta preeminencia cuando

²⁸ En forma similar, Carrión (1992: 23-25) encuentra que, cuando el análisis controla factores económicos tales como inflación, desempleo y crecimiento, el número mensual de actos terroristas no tenía un impacto significativo en la popularidad presidencial durante los años ochenta.

los esfuerzos del gobierno para combatir la amenaza no son efectivos y por lo tanto la gente evalúa muy mal la actuación presidencial en este campo. Sin embargo, a medida que el gobierno va enfrentando la amenaza con mayor efectividad, y en tanto que por ello mismo aumenta la aprobación general de la actuación presidencial en este tema, la amenaza como tal retrocede, se reduce la prominencia del tema, y el éxito del gobierno pierde importancia como razón para que los ciudadanos apoyen al presidente. Cuando el problema se desvanece, la evaluación general del logro gubernamental en este campo tiene un impacto aún menor en la evaluación que la población hace del desempeño general del gobierno. De esta manera, el rescate exitoso de una catástrofe tiene para el salvador una rentabilidad política rápidamente decreciente.

En general, los temas catastróficos surgen de amenazas severas a la seguridad elemental y a la previsibilidad que la gente necesita para organizar su vida cotidiana. Los ciudadanos sienten que tienen derecho a la normalidad, la cual utilizan como punto de referencia para evaluar los cambios en su situación. La fuerte aversión que la gente por lo común muestra a ver disminuidas sus posibilidades (Payne, Bettman, y Johnson 1992: 96, 122) la hace encauzar las amenazas a la normalidad mediante esfuerzos determinados para restaurar el *status quo*, el cual ellos consideran como una cosa ganada —derechos adquiridos (*endowment effect*) (Thaler 1992: cap. 6)—. Por lo tanto los ciudadanos están fuertemente interesados en la recuperación de la normalidad e insisten en que el presidente de turno ponga las crisis bajo control.²⁹ Probablemente este deseo de protección explique el mayor apoyo electoral a Fujimori en regiones que sufren continuamente de mayor actividad guerrillera. Pero puesto que el éxito al combatir un riesgo catastrófico tan solo restaura la normalidad, el gobierno que logra esto no puede esperar un fuerte reconocimiento que sea prolongado.³⁰ En la medida en que la gente regresa al *status quo* —a su posición merecida— rápidamente da por sentada esta normalidad restaurada y reorienta su atención hacia nuevos problemas. Por lo tanto la evaluación que la gente hace de la actuación gubernamental en estos nuevos asuntos supedita su evaluación del éxito presidencial en reducir las amenazas a su seguridad básica, las cuales no parece ser probable que se repitan en breve.³¹

²⁹ De ahí que para mantener el apoyo los presidentes deban enfrentar amenazas catastróficas. Quienes fracasan en contener una crisis severa tienen garantizada una rápida declinación en su respaldo político, el cual puede conducir a su caída prematura, como en el caso de Fernando Collor de Mello en Brasil (1990-92, véase Weyland 1993: 17). Sin embargo, la paradoja del éxito da a los presidentes el incentivo para identificar nuevas amenazas que deben combatir, tal como Fujimori buscó hacerlo con el delito común (Basombrío Iglesias 1998). Así también, el resurgimiento inesperado de una amenaza que había sido derrotada puede beneficiar paradójicamente a un presidente que ya ha demostrado su capacidad para combatir tales peligros. Por ejemplo, el impacto de la crisis del peso mexicano en la economía argentina ayudó al presidente Carlos Menem a ganar la reelección en mayo de 1995 porque hizo resurgir de manera prominente el tema de la estabilidad económica, que su gobierno había recuperado en 1991.

³⁰ Probablemente consideraciones de este tipo subyacen a los efectos de lo negativo en la conducta política que se observan con frecuencia; es decir, la tendencia de la gente a dar «[...] mayor peso [...] a la información negativa frente a información igualmente extrema y positiva» (Lay 1985: 119).

³¹ Aunque continúa dedicado a prácticas terroristas, Sendero Luminoso ha sido «[...] estratégicamente derrotado, y nada indica que emergerá pronto de esta situación»

Las encuestas sobre la importancia relativa que los peruanos atribuyen a los diferentes temas corroboran esta interpretación.³² Cuando se les pregunta por los tres principales problemas que enfrenta el país, el porcentaje de limeños que mencionan terrorismo y subversión cae de 55% en junio 1990 a 4% en abril de 1996 (Apoyo, 1990: 35 y 1996: 32), mientras que la proporción que subraya los problemas económicos y sociales permanece constante: 18,9% y 18,5%, respectivamente. Respondiendo a la misma pregunta, 24,7% de los limeños y 26,1 de los habitantes de once capitales de departamento mencionaron el terrorismo en agosto de 1994, pero solo 4,1% de limeños lo hizo en junio de 1996 (Imasen, 1994a: 34, 1996: 13). Estos datos demuestran el cambio en el orden de prominencia que sobrevino con el éxito gubernamental al combatir a la violencia guerrillera. En tanto que la amenaza a la seguridad interna disminuía, la preocupación de la gente por este problema se desvanecía. Este hallazgo empírico es consistente con la bibliografía teórica sobre el tema de la prominencia, la cual sostiene que la atención se aleja de los problemas políticos una vez que son percibidos como ya resueltos (Kindon 1984: 108-9).

Sin embargo los peruanos no se olvidan simple y llanamente del éxito de Fujimori al combatir la amenaza subversiva. Cuando se les pregunta sobre el aspecto más positivo de su primer período, el 51% indicaba su éxito contra la guerrilla: 27% mencionaba la captura de Abimael Guzmán, el líder de Sendero Luminoso, y otro 24% se refería en general al control del terrorismo (Apoyo 1995b: 19). Es decir, la simple miopía no da cuenta de este impacto aparentemente no significativo de la exitosa política contrainsurgente sobre la popularidad presidencial y el voto hacia Fujimori. Aunque el recuerdo de la amenaza guerrillera estaba aún fresco, la restauración de la normalidad significaba que ese tema ya no seguía contando de la misma manera.³³ Si bien muchos peruanos continuaban apreciando el éxito de Fujimori en resolver la crisis de la violencia a gran escala y el desorden político, este reconocimiento no determinaba sus evaluaciones políticas ni sus opciones electorales. Cuando en septiembre de 1994 se preguntaba a quienes apoyaban la actuación de Fujimori en la presidencia por qué lo hacían, tan solo un 15,7% señalaba la lucha contra el terrorismo (Imasen 1995: 11). Y apenas un 10,8% de

(Rojas 1997b: 55, véase también p. 59, 61). A pesar de la espectacular toma de la residencia del embajador de Japón, el grupo guerrillero Túpac Amaru siempre había sido mucho más débil que Sendero Luminoso (Cifras de una historia violenta 1997) y algunos de los líderes sobrevivientes fueron muertos en el violento final de la crisis de los rehenes. La persistencia de la actividad terrorista —aunque a un nivel comparativamente bajo— puede en verdad beneficiar a Fujimori, quien puede demostrar que su liderazgo efectivo no está completamente fuera de lugar (tal como se explica en la nota 28).

³² Quiero agradecer al Dr. Martín Sánchez y a Ginebra González Cueva, de Imasen, y a Guillermo Loli, de Apoyo S. A. por brindarme estos datos. Desafortunadamente el fraseo de las preguntas y los procedimientos de la entrevista (respuestas abiertas vs. respuestas cerradas) han cambiado con frecuencia. Por ejemplo, algunas encuestas preguntaban sobre «los problemas más importantes», otras por «los tres problemas más importantes», y otras incluso acerca de «el problema más importante». Por lo tanto no se dispone de una serie temporal consistente (lo mismo ocurre para los Estados Unidos: Edwards, Mitchell, y Welch 1995: 115).

³³ De esta manera parece que el apoyo al Presidente Fujimori estaba basado en una evaluación prospectiva más que retrospectiva, como es el caso en Venezuela (Weyland 1998).

quienes en abril de 1995 habían votado por Fujimori mencionaron como su principal razón que él hubiera acabado con la subversión (Imasen 1995: 14).³⁴ Por lo tanto, los datos de encuestas en el plano individual confirman los hallazgos de nuestro análisis agregado anterior.³⁵ En particular, la sorprendente diferencia en el impacto que tuvo la exitosa campaña contrainsurgente en las evaluaciones retrospectivas de la actuación de Fujimori en comparación con el apoyo posterior al mandatario (51% vs. 10,8%-15,7%), hace suponer que su mismo éxito redujo la importancia de la amenaza guerrillera y disminuyó en gran medida el grado en el cual el reconocimiento general por este éxito había elevado el respaldo a Fujimori.

Precisamente la oposición a Fujimori en la elección presidencial de 1995 —organizada sobre todo en la nueva Unión por el Perú (UPP)— cifraba sus esperanzas (UPP 1995: esp. 2-3, Goedeking 1995: 19-22) en esta paradoja del éxito. Luego de que Fujimori había estabilizado la economía y reducido el peligro de la guerrilla —ambos a un elevado precio—, la UPP esperaba que una mayoría del electorado prefiriera al candidato de oposición, quien prometía administrar los logros de Fujimori a la vez que respetaría las libertades cívicas y los procedimientos democráticos de una manera mucho más estricta que el gobernante de turno.

Sin embargo, afortunadamente para Fujimori, otros problemas que él enfrentó —en particular algunos problemas económicos— gozaban de una relevancia mucho más estable. Ciertamente la prominencia de la hiperinflación —el asunto más urgente durante la honda crisis de 1990— disminuyó con el éxito de Fujimori al recobrase la estabilidad de precios. Mientras que en junio de 1990 el 81% mencionaba la inflación como uno de los tres principales problemas que aquejaban al Perú, en abril de 1996 solo lo hacía un 9% (Apoyo 1990: 35, 1996a: 32). Es decir, la hiperinflación —una profunda amenaza a la normalidad económica— también parece estar sujeta a la paradoja del éxito, disminuyendo en importancia a medida que el gobierno tiene éxito en combatirla (véase Imasen 1995: 14). Sin embargo, otros problemas económicos tales como el crecimiento y el empleo, cobraron mayor importancia entre las prioridades de la gente, compensando aquella declinación (véase los datos previos). Dada la agudeza del empobrecimiento económico en el Perú de hoy, que fue exacerbada tanto por la hiperinflación como por las drásticas medidas de estabilización, y dada la naturaleza ilimitada de las necesidades materiales de la gente —que no tienen tope—, la recuperación económica conseguida por el gobierno de Fujimori no resolvió tales asun-

³⁴ En ambas encuestas la razón mencionada con mayor frecuencia fueron los programas de obras públicas —el 20,6% y el 22,4%, respectivamente— seguidos por una aprobación general a su actuación (*buena gestión*) con 18,8% y 12,9%. Apoyo proporciona resultados similares (1995a: 12); inclusive cuando se permite dar respuestas múltiples (que elevan el total a un 150%), solamente el 22% de quienes reconocían haber votado por Fujimori en abril de 1995 justificaban su opción diciendo «porque derrotó al terrorismo».

³⁵ Los encuestados de clase media y media alta colocan a la *lucha contra el terrorismo* de Fujimori como la principal razón para apoyar al Presidente, pero ella recibe solamente el 20,5% y 19,7% de menciones (Imasen, 1994b: 11 y 1995: 14. Datos análogos en Apoyo, 1995a: 12). Sin embargo, y tal como ha observado un comentarista anónimo, las *elites* estratégicas —las cuales no están representadas adecuadamente en una muestra general— pueden haber reconocido a Fujimori sus logros previos.

tos. Por consiguiente, la prominencia de temas tales como empleo y crecimiento es mucho más duradera que la de las amenazas catastróficas a la normalidad tales como la violencia insurreccional y la hiperinflación.³⁶ Debido a esta razón el crecimiento económico parece brindar una base más estable para la popularidad presidencial y el apoyo electoral que la solución a la amenaza catastrófica de la violencia guerrillera.³⁷

Entrevistas cualitativas hechas sobre todo a ciudadanos de los estratos más pobres confirman estas interpretaciones. Basándose en un grupo de entrevistas a partir de una encuesta a 600 pobladores de distritos populares de Lima, Parodi y Twanama (1993: 63-65) encontraron que según las concepciones predominantes los líderes políticos necesitaban proporcionar constantemente beneficios socioeconómicos para mantener su popularidad. Puesto que se espera que los líderes protejan a la comunidad de las amenazas, los éxitos al respecto no tienen un efecto prolongado en el respaldo que se les concede, puesto que muy rápidamente los líderes reciben nuevas demandas. De hecho, este apoyo puede volatilizarse rápidamente si los líderes muestran ineficiencia en dar nuevas demostraciones de su capacidad (Panfichi 1997: 234-35, Parodi y Twanama 1993: 87-89). Estas actitudes determinaron el voto en las elecciones de 1995. Por ejemplo, de los 26 enunciados con los que ocho personas de las menos favorecidas justificaban su apoyo por Fujimori, 14 se referían a beneficios socioeconómicos concretos: obras públicas, empleo y donaciones materiales. Solamente dos entrevistados agregaron la derrota de la amenaza guerrillera y otros dos la estabilidad económica (Valenzuela 1995: 30-31). Los grupos de discusión referidos por Salcedo dieron resultados similares (1995: 67, 73, 80-81).

El mismo Fujimori era consciente de que su éxito en combatir el peligro de la guerrilla y en acabar con la hiperinflación no le garantizaba un apoyo duradero: la nueva Constitución que sus políticos redactaron después del autogolpe de abril de 1992 apenas si superó a fines de 1993 la prueba de un plebiscito. Bajo el impacto de una victoria sorprendentemente ajustada, Fujimori desplegó grandes esfuerzos a fin de ampliar para las elecciones de 1995 el apoyo con el que contaba, expandiendo drásticamente los programas sociales y los proyectos de obras públicas. De este modo buscó dar

³⁶ Esta estructura diferencial de cuáles son los asuntos centrales puede explicar el hallazgo de Roberts y Webbels (1999: 583-85) de que durante los años ochenta en América Latina las tasas (muy altas) de inflación tenían un impacto negativo considerable en los votos recibidos por los gobernantes de turno, pero que la reducción (drástica) de la inflación en los años noventa no tenía un efecto estadísticamente significativo. Por el contrario, el crecimiento económico incrementaba el voto a favor de estos gobernantes durante los años posteriores a la crisis en esta década.

³⁷ El énfasis en la rentabilidad política que da la distribución de beneficios materiales hace que el argumento de la paradoja del éxito tenga algunas similitudes con los modelos de oportunidad de la explicación política del ciclo económico (CPE) [*political business cycles*] (véase Alesina, Roubini y Cohen 1997: cap. 2). Sobre todo ambos enfoques asumen que los votantes evalúan la actuación del gobierno mediante un horizonte temporal corto, pero la paradoja del éxito no presta atención a la manipulación gubernamental de la economía, la cual explica los patrones cíclicos postulados por los modelos CPE. En líneas generales estos conciben al gobierno como la fuerza directora y asumen que puede influir o incluso embaucar a los electores repartiendo beneficios inmediatamente antes de la elección y presentándoles la cuenta posteriormente. Por el contrario, la paradoja del éxito coloca a los electores como la fuerza motora y relleva las permanentes demandas que hacen al gobierno.

beneficios a amplias franjas de electores, demostrar la preocupación del gobierno por el pueblo y crear expectativas de mejoras en el futuro. Esta distribución paternalista de beneficios específicos, que se adecuaba a las concepciones del pueblo acerca de lo que es un buen liderazgo, contribuyó significativamente a la reelección de Fujimori (Roberts y Arce 1998: 233-38, Graham y Kane 1998: 85-102, Balbi 1996: 207-18).

Pese a la infrecuente dureza de las crisis políticas y económicas que afligieron a Perú a fines de los años ochenta e inicios de los noventa, si los hallazgos que se desprenden del caso que investigamos son de una aplicación más general, la argumentación de la paradoja del éxito tiene importantes implicancias para las políticas gubernamentales. Los líderes que salvan a sus países de graves amenazas no pueden dormirse en sus laureles. El reconocimiento de la población por tales logros puede no desembocar en una lealtad duradera o un apoyo estable. Mientras que el fracaso en solucionar amenazas catastróficas socava el respaldo a un presidente, el éxito puede darle solo un apoyo breve. Tras haber dado muerte a los dragones —tales como la hiperinflación y la violencia guerrillera— los presidentes necesitarán alimentar a las vacas (es decir, dar beneficios a grandes masas y así mejorar sus condiciones de vida por encima y más allá del *statu quo*). Es solo mediante estas granjerías que se puede generar un apoyo sostenido.

Sin embargo, aunque los ciudadanos podrían no estar satisfechos una vez que la catástrofe ha quedado atrás y la normalidad ha sido restaurada, no parecen plantear nuevas demandas con tanta fuerza como se desprende del modelo de optimización constante. De hecho, pese al extendido empobrecimiento predominante en el Perú, Fujimori ganó la reelección en forma masiva en los comicios de 1995, los cuales a pesar de algunas irregularidades (Palmer 1995) fueron lo suficientemente limpios como para calificarlos de democráticos. En contra de lo que sugieren Acuña y Smith (1994: 40), «la emergencia de una mayoría opositora» nunca fue posible puesto que la población no expuso a su presidente a una explosión de nuevas demandas. Mientras que los datos previos sobre la prominencia de los problemas en la agenda muestran que la gente tiene mucha preocupación por las crisis severas y el peligro consiguiente de graves retrocesos, no parece que presionara tan fuertemente por nuevas mejoras una vez que se emerge de lo más hondo de la crisis.

En suma, ni el modelo de *contentamiento* (*satisficing*) ni el de optimización son totalmente válidos. Más bien, la gente parece asumir un enfoque intermedio, sorprendentemente asimétrico: muestran una preocupación significativamente mayor frente a los riesgos de retroceder que ante las posibilidades de ganar. Los resultados de este análisis confirman así los sólidos hallazgos de experimentos psicológicos según los cuales la mayor parte de la gente muestra una fuerte aversión al riesgo.³⁸ Las personas despliegan esfuerzos mucho mayores para evitar las pérdidas que para conseguir mayores beneficios, y dan a estos por sentado mucho más rápidamente que las pérdidas. Si bien se aferran al viejo *status quo* después de haber sufrido retrocesos, rápidamente asumen la nueva situación tras experimentar mejoras y elevan consecuentemente su nivel de aspiraciones. A la paradoja del éxito encontra-

³⁸ Kahneman y Tversky 1979; Payne, Bettman y Johnson 1992: 96, 122.

da en el presente estudio subyace esta tendencia psicológica ampliamente extendida que consiste en absorber rápidamente las mejoras y esperar aún más ventajas (lo que contrasta con el rechazo de la gente a aceptar pérdidas). De esta manera, este artículo demuestra que ciertos mecanismos psicológicos básicos pueden tener un significativo impacto en la vida política.

Otras implicancias del argumento

Los hallazgos y tesis centrales de este artículo pueden tener una aplicación que vaya más allá del caso del Perú bajo Fujimori. La paradoja del éxito parece afectar a otros mandatarios, en especial a los líderes de las democracias delegadas (O'Donnell 1994). Estos políticos personalistas acceden al poder prometiendo terminar con la profunda crisis que afecta a sus países. Su apoyo político depende así de logros sustantivos. La precaria naturaleza de las democracias delegadas, las cuales se caracterizan por una falta de institucionalización, hace que un constante respaldo político sea vital para estos líderes.

La razón subyacente para que los líderes de las democracias delegadas sean afectados por la paradoja del éxito es que esta afecta más a metas consensuales (*valence issues*) que a metas controvertidas (*position issues*) (D. Stokes 1963: 372-374). Con respecto a las primeras —tales como la estabilidad económica o la seguridad pública— todos están de acuerdo (es decir, nadie defiende una crisis económica, ni la violencia a gran escala); la controversia entre los políticos solamente se referirá a qué candidato es el más capaz para lograr el resultado deseado. La contienda se centra en la capacidad, la probidad y el desempeño esperado. El éxito del líder en combatir una severa amenaza a un asunto consensual resuelve el problema, y así la importancia de este se reduce. Por el contrario, en los asuntos de posición los políticos discrepan respecto a cuál es la meta correcta por perseguir. Por ejemplo, un político puede abogar por la redistribución de la riqueza a los pobres, mientras que su oponente puede pedir más inversiones a los ricos para estimular el crecimiento económico. Dado el carácter excluyente de estas metas, las medidas que se emprendan para obtener alguna de ellas no pueden resolver el problema. Por ejemplo, las políticas que promueven efectivamente el crecimiento económico pueden exacerbar la desigualdad social. Por consiguiente el éxito logrado por un líder político continuará enfrentando la crítica del adversario, y la prominencia del tema seguirá siendo alta.

Los líderes de las democracias delegadas basan su atractivo en asuntos consensuales antes que controvertidos. Acceden al cargo prometiendo superar los severos problemas que sus predecesores han dejado detrás. Su capacidad de convocatoria no se basa en un programa definido que toma posiciones claras sobre diferentes temas, sino que mayormente se sostiene en sus autoproclamadas virtudes personales; en especial, la capacidad, la firmeza y la probidad moral, a las que ellos colocan como elementos decisivos para terminar con la crisis y restaurar la normalidad. Por lo tanto, líderes personalistas de democracias delegadas como Fujimori, Carlos Menem en Argentina (1989-1999), Fernando Collor de Mello en Brasil (1990-92) y Boris Yeltsin en Rusia (1991-1999) (véase Kubicek 1994) son particularmente sensibles a la paradoja del éxito. Después de acabar con la profunda crisis que

les permitió acceder al cargo estos mandatarios necesitan lograr la recuperación económica, promover el empleo y combatir la pobreza para estabilizar su apoyo político. Es solo dando estas mejoras que Fujimori y Menem obtuvieron la reelección en 1995 (sobre Menem véase Gibson y Calvo 1997: 13-21, Meloni 1997: 128-31).

Por el contrario, Yeltsin y especialmente Collor no pudieron lograr un mejoramiento económico continuado. De acuerdo con la paradoja del éxito sus logros iniciales en evitar una catástrofe económica (como la hiperinflación en Brasil) no les proporcionaron una rentabilidad política duradera, y rápidamente su apoyo ciudadano se redujo en forma drástica. Como resultado, Collor fue vulnerable a acusaciones de corrupción que condujeron a su impugnación (Weyland 1993). Y Yeltsin experimentó bajas tasas de aprobación; en 1996 ganó la reelección solo porque el inminente retorno de los comunistas al poder indujo a muchos electores a preferirlo de mala gana como el mal menor.

En suma, los líderes de democracias delegadas están particularmente expuestos a la paradoja del éxito. Pero estos mandatarios no son los únicos en basar su apoyo político en ofrecimientos referidos a asuntos consensuales. Por el contrario, estos últimos también juegan un importante papel en la política de las democracias institucionalizadas en países industriales avanzados. Tales problemas han sido particularmente prominentes cuando estas naciones han confrontado amenazas catastróficas tales como una guerra externa. Además, la disminución de fisuras ideológicas tras la segunda Guerra Mundial, que se ha erosionado aún más con la caída del comunismo, ha reducido la importancia política de temas de controversia y ha reforzado la importancia relativa de los asuntos de consenso. En particular «el auge de la política de centro» (*candidate-centered politics*) (Wattenberg 1991) ha llevado la atención política hacia los logros de los gobernantes de turno. Estas tendencias recientes han hecho que los dirigentes del Primer Mundo queden más expuestos a la paradoja del éxito.

Por lo tanto el argumento desarrollado en este artículo puede tener una aplicabilidad que vaya mucho más allá del caso peruano. Aunque límites de espacio impiden una investigación sistemática, basten unos pocos casos a modo de sugerencia. Por ejemplo, George Bush parece haber sido víctima de la paradoja del éxito. Tras derrotar a Saddam Hussein en la Guerra del Golfo y ganar la Guerra Fría contra la Unión Soviética, sus tasas de popularidad llegaron al 88% en 1991 (D. Stokes y Dilulio, 1993: 2). En ese momento la mayor parte de los observadores —y de los posibles adversarios— lo consideraron como el probable ganador de las elecciones de 1992. Sin embargo, los éxitos de su política exterior rebajaron la prominencia de este asunto y rápidamente los problemas económicos ganaron prioridad entre las preocupaciones de la gente. Como los EE. UU. acababan de experimentar una recesión, y dado que la atracción por Bush en este campo era baja, perdió dichas elecciones con la proporción más baja que un gobernante en ejercicio haya obtenido desde 1912 (ibíd.: 3-4, véase Edwards, Mitchell y Welch 1995: 118-23). Winston Churchill corrió una suerte similar: tras conducir a Gran Bretaña a la victoria sobre la Alemania nazi en la segunda Guerra Mundial, perdió la elección de julio de 1945 poco después del fin de la guerra en Europa. Con su lema «Miremos hacia el futuro» (*Let us Face the Future*), el Partido Laborista aprovechó la rápida disminución de la prominencia del tema de la gue-

ra y apeló con éxito a los anhelos de la gente de obtener beneficios sociales y económicos (Butler 1995-9). Más aún, Ludwig Erhard, quien como Ministro de Economía había apartado la economía de Alemania Occidental de la destrucción y el caos tras la segunda Guerra Mundial, y quien abrió las puertas a un *milagro económico*, obtuvo poco reconocimiento por su éxito durante su periodo como canciller (1963-1966). Su gobierno logró una victoria electoral en 1965 solamente después de hacer una amplia distribución de beneficios sociales y económicos; y a pesar de su foja de éxitos económicos previos, cayó tras la leve recesión de 1966 (Ellwein 1989: 38-42). La paradoja del éxito puede, pues, explicar sorprendentes vueltas de la fortuna política en una amplia gama de países.

¿La paradoja del éxito?

Bibliografía

- ACUÑA, C. y W. SMITH
1994 «The Political Economy of Structural Adjustment». En: *Latin American Political Economy in the Age of Neoliberal Reform*, editado por W. Smith, C. Acuña, y E. Gamarra, pp. 17-66. New Brunswick, NJ: Transaction.
- AGURTO, C. M.
1996 Entrevista del autor con el *secretario de organización de Unión por el Perú*. Lima: 5 de agosto.
- ALESINA, A. y A. DRAZEN (1991) «Why Are Stabilizations Delayed?» *American Economic Review* 81: 1170-1188.
- ALESINA, A.; N. ROUBINI y G. COHEN
1997 *Political Cycles and the Macroeconomy*. Cambridge, MA: MIT Press.
- ALMEIDA, J.
1996 *Como Vota o Brasileiro*. São Paulo: Casa Amarela.
- APOYO, S. A.
v/a *Informes de Opinión*. Set. 1997, abr. y jun. 1996, abr. y jul. 1995, jul. 1991, jun. 1990.
- BALBI, C. R.
1996 «El fujimorismo: delegación vigilada y ciudadanía». *Pretextos* 9: 187-223.

- Nota: Agradezco a David Bartlett, David Brown, Gretchen Casper, Carol Graham, Wendy Hunter, Geoffrey Layman, Philip Mauceri, Rose McDermott, Orlando Pérez, Kenneth Roberts, Gregory Schmidt, Susan Stokes, y a los comentaristas anónimos por muchos importantes comentarios hechos a versiones previas de este artículo. A Fabián Vallas y Erin Chlopak por su excelente auxilio en la investigación y en el trabajo editorial. A Guillermo Loli, de Apoyo, y a Martín Sánchez y Ginebra González Cueva, de IMASEN, por facilitarme acceso a información crucial. Y al University Research Council de la Vanderbilt University por su generoso apoyo a mi investigación de campo.

[El traductor desea agradecer a la doctora Cynthia Sanborn, al profesor Jorge Rojas y al mismo autor su ayuda para la solución de diversos detalles de la presente versión castellana. Guillermo Rochabrún S.]

BASOMBRÍO IGLESIAS, C.

1998 «Ayer inseguridad; mañana ¿sin seguridad?» *Ideele - Revista del Instituto de Defensa Legal* 107: 10-13.

BOLONA BEHR, C.

1996^a Entrevista del autor con el ex-ministro de economía (1991-93). Lima: 14 agosto

1996^b «The Viability of Alberto Fujimori's Economic Strategy». En: *The Peruvian Economy and Structural Adjustment*, editado por E. Gonzales de Olarte, pp. 183-264. Miami: North-South Center Press.

BUENDÍA, J.

1996 «Economic Reform, Public Opinion, and Presidential Approval in Mexico», 1988-1993. *Comparative Political Studies* 29: 566-591.

BURNS, J. M.

1978 *Leadership*. Nueva York: Harper & Row.

BUTLER, D.

1995 *British General Elections since 1945*. 2nd ed. Oxford: Blackwell.

CAMERON, M.

1994 *Democracy and Authoritarianism in Peru*. Nueva York: St. Martin's.

y P. MAUCERI (eds.)

1997 *The Peruvian Labyrinth*. University Park, PA: Pennsylvania State University Press.

CARRIÓN, J.

1997 *Ideele - Revista del Instituto de Defensa Legal* 95: 32.

1995 «The Transformation of Public Opinion under the Fujimori Administration». Ponencia para el XIX Congreso de LASA, Washington, DC, setiembre 28-30.

1994 «The 'Support Gap' for Democracy in Peru: Mass Public Attitudes towards Fujimori's Self-Coup». Paper for XVII LASA Congress, Atlanta, marzo 10-12.

1992 «Presidential Popularity in Peru, 1980-1990». Paper for XVII LASA Congress, Los Angeles, setiembre 24-27.

«Cifras de una Historia Violenta»

CONAGHAN, C.

1996 *Public Life in the Time of Alberto Fujimori*. Washington, DC: Woodrow Wilson Center. Working Paper # 219.

1995 «Polls, Political Discourse and the Public Sphere». En: *Latin America in Comparative Perspective*, editado por Peter Smith, pp. 227-55. Boulder, CO: Westview.

CORRALES, J.

1997-98 «Do Economic Crises Contribute to Economic Reforms?», *Political Science Quarterly* 112: 617-44.

CUÁNTO

1995, 1994 *Perú en números 1995, 1994*. Lima: Cuánto.

DATUM INTERNACIONAL

1999 Popularidad del Presidente de la República Ing. Alberto Fujimori (1997-1998). Lima: Datum Internacional.

- DEGREGORI, C. I.
 1994 «Shining Path and Counterinsurgency Strategy Since the Arrest of Abimael Guzmán». En: *Peru en crisis*, editado por J. Tulchin and G. Bland, pp. 81-100. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- 1991 *Elecciones 1990: Demonios y redentores en el Nuevo Perú*. Lima: IEP.
- DE SOTO, H.
 1996 Entrevista del autor con el ex consejero especial del presidente Fujimori (1990-92). Lima: 20 agosto.
- DOWNS, A.
 1957 *An Economic Theory of Democracy*. Nueva York: Harper & Row.
- DRAZEN, A. y V. GRILLI
 1993 «The Benefit of Crises for Economic Reforms». *American Economic Review* 83: 598-607.
- DUGAN, W. y H. DIETZ
 1995 «Urban Social Classes and Voting Behavior in Lima». Paper for XIX LASA Congress, Washington, DC, setiembre 28-30.
- DURAND, F.
 1996 «El fenómeno Fujimori y la crisis de los partidos». *Revista Mexicana de Sociología* 58: 97-120.
- ECKSTEIN, H.
 1975 «Case Study and Theory in Political Science». En: *Handbook of Political Science*, vol. 7: *Strategies of Inquiry*, editado por F. Greenstein y N. Polsby, pp. 79-137. Reading, MA: Addison-Wesley.
- EDWARDS, G., W. MITCHELL, y R. WELCH
 1995 «Explaining Presidential Approval». *American Journal of Political Science* 39: 108-34.
- ELLWEIN, T.
 1989 *Krisen und Reformen: Die Bundesrepublik seit den sechziger Jahren* [Crisis y reformas: la República Federal de los 1960s]. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- FIORINA, M.
 1981 *Retrospective Voting in American National Elections*. New Haven: Yale University Press.
- FONCODES (Fondo Nacional de Compensación y Desarrollo Social)
 1995 *El mapa de la inversión social*. Lima: FONCODES.
- GIBSON, E. y E. CALVO
 1997 «Electoral Coalitions and Market Reforms: Evidence from Argentina». Paper for XX LASA Congress, Guadalajara, abril 17-19.
- GOEDEKING, U.
 1995 «Das 'Unternehmen Peru' und sein Chef» [«La 'Empresa Perú' y su jefe»]. *Lateinamerika* 29: 9-28.
- GONZALES DE OLARTE, E. (ed.)
 1996 *The Peruvian Economy and Structural Adjustment*. Miami: North-South Center Press.

- GRAHAM, C. y C. KANE
1998 Opportunistic Government or Sustaining Reform? *Latin American Research Review* 33: 1: 67-104.
- GRINDLE, M.
1996 *Challenging the State: Crisis and Innovation in Latin America and Africa*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HAGGARD, S. y R. KAUFMAN
1995 *The Political Economy of Democratic Transitions*. Princeton: Princeton University Press.
- HIRSCHMAN, A.
1970 *Exit, Voice, and Loyalty*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- HURTADO MILLER, J. C.
1996 Entrevista del autor con el exministro de economía (1990-91). Lima: 6 agosto.
- IMASEN
v/a *IMASEN Confidencial* 1996 (43), 1995 (31), 1994 (24,25) Lima: IMASEN.
- JONES, B.
1994 *Reconceiving Decision-Making in Democratic Politics*. Chicago: University of Chicago Press.
- KAHNEMAN, D. y A. TVERSKY
1979 «Prospect Theory: An Analysis of Decision under Risk». *Econometrica* 47: 263-291.
- KEELER, J.
1993 «Opening the Window for Reform: Mandates, Crises, and Extraordinary Policy-Making». *Comparative Political Studies* 25: 433-486.
- KINGDON, J.
1984 *Agendas, Alternatives, and Public Policies*. Boston: Little, Brown.
- KOHLI, A.
1990 *Democracy and Discontent*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KUBICEK, P.
1994 «Delegative Democracy in Russia and Ukraine». *Communist and Post-Communist Studies* 27: 423-441.
- LAGO, R.
1991 «The Illusion of Pursuing Redistribution through Macropolicy». En: *The Macroeconomics of Populism in Latin America*, editado por R. Dornbusch and S. Edwards, pp. 263-323. Chicago: University of Chicago Press.
- LAU, R.
1985 «Two Explanations for Negativity Effects in Political Behavior». *American Journal of Political Science* 29: 119-138.
- LEWIS-BECK, M.
(1988) *Economics and Elections: The Major Western Democracies*. Ann Arbor: University of Michigan Press.

- MacKuen, M., R. ERIKSON, y J. STIMSON
1992 «Peasants or Bankers? The American Electorate and the U.S. Economy». *American Political Science Review* 86: 597-611.
- MAUCERI, P.
1996 *State Under Siege: Development and Policy Making in Peru*. Boulder, CO: Westview.
- McCLINTOCK, C.
1994 «Commentary». En: *Perú en crisis*, editado por J. Tulchin y G. Bland, pp. 63-67. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- MELONI, O.
1997 «Empleo, desempleo y elecciones: el caso de la elección presidencial Argentina de 1995». *Estudios de Economía* (Santiago de Chile) 24: 119-133.
- MUELLER, J.
1970 «Presidential Popularity from Truman to Johnson». *American Political Science Review* 64: 18-34.
- O'DONNELL, G.
1994 «Delegative Democracy». *Journal of Democracy* 5: 1: 55-69.
- PALMER, D. S.
1995 «Peru's 1995 Elections: A Second Look». *LASA Forum* 26: 2: 17-20.
- PANFICHI, A.
1997 «The Authoritarian Alternative: 'Anti-Politics' in the Popular Sectors of Lima». En: *The New Politics of Inequality in Latin America*, editado por D. Chalmers y otros, pp. 217-236. Oxford: Oxford University Press.
- PANFICHI, A. y C. SANBORN
1995 Democracia y neopopulismo en el Perú contemporáneo. *Márgenes* (Lima) 8: 13/14: 43-67.
- PARODI, J. y W. TWANAMA
1993 «Los pobladores, la ciudad y la política». En: *Los pobres, la ciudad y la política*, editado por Jorge Parodi, pp. 19-89. Lima: CEDYS.
- PAYNE, J., J. BETTMAN, y E. JOHNSON
1992 «Behavioral Decision Research». *Annual Review of Psychology* 43: 87-131.
- PEASE GARCÍA, H.
1996 Entrevista del autor con el congresista de *Unión por el Perú*. Lima: 12 agosto.
1995 *Remando a Contracorriente*. Lima: Congreso Constituyente Democrático.
- PENNANO, G.
1996 Entrevista del autor con el dirigente de *Unión por el Perú*. Lima: 7 agosto.
- PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA
1991 *Memoria anual 1991*. Lima: Presidencia.

kurt weyland

REMMER, K.

- 1993 «The Political Economy of Elections in Latin America, 1980-1991». *American Political Science Review* 87: 393-407.
1991 «The Political Impact of Economic Crisis in Latin America in the 1980s». *American Political Science Review* 85: 777-800.

ROBERTS, K.

- 1995 «Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America». *World Politics* 48: 82-116.

ROBERTS, K. y M. ARCE

- 1998 «Neoliberalism and Lower-Class Voting behavior in Peru». *Comparative Political Studies* 31: 217-246.

ROBERTS, K. y E. WIBBELS

- 1999 «Party Systems and Electoral Volatility in Latin America». *American Political Science Review* 93: 575-590.

ROCHABRÚN, G.

- 1996 «Deciphering the Enigmas of Alberto Fujimori». *NACLA Report on the Americas* 30: 1: 16-24.

RODRIK, D.

- 1996 «Understanding Economic Policy Reform». *Journal of Economic Literature* 34: 9-41.
1994 «The Rush to Free Trade in the Developing World». En: *Voting for Reform*, editado por S. Haggard y S. Webb, pp. 61-88. Nueva York: Oxford University Press.

ROJAS, I.

- 1997 «Algo más que un resbalón». *Ideele - Revista del Instituto de Defensa Legal* 99: 8-10.
1997 «¿Qué va a pasar con Sendero Luminoso?» *Ideele - Revista del Instituto de Defensa Legal* 103-104: 55-61.

ROSPIGLIOSI, F.

- 1996 *Las Fuerzas Armadas y el 5 de abril*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. Documento de Trabajo N° 73.
1994 «Democracy's Bleak Prospects». En: *Peru en crisis*, editado por J. Tulchin y G. Bland, pp. 35-61. Boulder, CO: Lynne Rienner.

SALCEDO, J. M.

- 1995 *Terremoto: ¿por qué ganó Fujimori?* Lima: Viceversa.

SCHMIDT, G.

- 1996 Fujimori's 1990 Upset Victory in Peru. *Comparative Politics* 28: 321-354.

SIMON, H.

- 1957 *Models of Man*. Nueva York: John Wiley.
1955 «A Behavioral Model of Rational Choice». *Quarterly Journal of Economics* 69: 99-114.

STOKES, D.

- 1963 «Spatial Models of Party Competition». *American Political Science Review* 57: 368-377.

- STOKES, D. y J. DiIULIO
 1993 «The Setting: Valence Politics in Modern Elections». En: *The Elections of 1992*, editado por M. Nelson, pp. 1-20. Washington, DC: Congressional Quarterly Press.
- STOKES, S.
 1997 «Democratic Accountability and Policy Change». *Comparative Politics* 29: 209-226.
 1996 «Economic Reform and Public Opinion in Peru, 1990-1995». *Comparative Political Studies* 29: 544-65.
- TAPIA, C.
 1997 *Las Fuerzas Armadas y Sendero*. Lima: IEP.
- THALER, R.
 1992 *The Winner's Curse*. Princeton: Princeton University Press.
- TORRES Y TORRES LARA, C.
 1996 Entrevista del autor con el ex primer ministro (1991). Lima: 18 julio.
- TOYNBEE, A.
 1947 *A Study of History*, abridged by D.C. Somervell. Nueva York: Oxford University Press.
- TUESTA SOLDEVILLA, F. (ed.)
 1996 *Los enigmas del poder: Fujimori, 1990-1996*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- UPP (Unión por el Perú)
 1995 «Prosperidad y Paz Hacia el Siglo XXI». *Lineamientos Generales del Plan de Gobierno (1995-2000)*. Lima: UPP.
- VALENZUELA, C.
 1995 «Corazones jalados». *Caretas* 1359: 28-31.
- VIERHAUS, R.
 1978 «Zum Problem historischer Krisen» [Acerca del problema de las crisis históricas]. En: *Historische Prozesse*, editado por K.G. Faber and C. Meier, pp. 313-29. München: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- VILLARREAL, A.
 1999 «Public Opinion of the Economy and the President among Mexico City Residents». *Latin American Research Review* 34: 2: 132-151.
- WATERBURY, J.
 1993 *Exposed to Innumerable Delusions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- WATTENBERG, M.
 1991 *The Rise of Candidate-Centered Politics*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- WEBER, M.
 1964 *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica. México.

kurt weyland

WEYLAND, K.

- 1998 «Peasants or Bankers in Venezuela? Presidential Popularity and Economic Reform Approval», 1989-1993. *Political Research Quarterly* 51: 341-362.
- 1996 «Risk Taking in Latin American Economic Restructuring». *International Studies Quarterly* 40: 185-207.
- 1993 «The Rise and Fall of President Collor and Its Impact on Brazilian Democracy». *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 35: 1: 1-37.

WISE, C.

- 1994 «The Politics of Peruvian Economic Reform». *Journal of Interamerican Studies and World Affairs* 36: 1: 75-125.

ZALLER, J.

- 1992 *The Nature and Origins of Mass Opinion*. Cambridge: Cambridge University Press.

ZALLER, J. y S. FELDMAN

- 1992 «A Simple Theory of the Survey Response». *American Journal of Political Science* 36: 579-616.